

El mapa cambiante de la fe.

Cómo la religión se está reconfigurando en la España del siglo XXI.

1. El fin de la España católica.

En 1982 casi el 90% de los españoles se declaraba católico. Cuatro décadas después ese porcentaje es del 52,8% mientras el 41,4% se declara sin religión. El mito de la "España católica" como identidad nacional se ha desvanecido. España ya no es el país de una sola religión, es el país de muchas religiones y, sobre todo, de muchas personas sin religión.

Los datos del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) dibujan un mapa religioso cada vez más fragmentado. Según el barómetro de abril de 2025, el 55,4% de los españoles se declaraba católico (un 18,8% practicante y un 36,6% no practicante). Un 3,6% afirmaba ser creyente de otra religión. El 39% se definía sin adscripción religiosa (un 15,8% se declaraba ateo, un 11,2% agnóstico y un 12% indiferente o no creyente).

Pero el catolicismo no es la única religión presente en España. El Barómetro sobre Religión y Creencias en España (BREC 2025), elaborado por la Fundación Pluralismo y Convivencia, ofrece una imagen más detallada de la diversidad religiosa. El 42% de la población no se identifica con ninguna religión (17% indiferente, 14% agnóstico y 11% ateo). Entre quienes sí se definen religiosamente, el catolicismo sigue siendo mayoritario (46%), mientras que un 8% pertenece a otras confesiones.

Ese 8% representa un espectro muy amplio, además de creciente:

- **Musulmanes:** entre 2,4 y 2,5 millones de personas, alrededor del 5% de la población total. Cuentan con más de 1.700 mezquitas y oratorios y más de 1,15 millones de musulmanes tienen ya nacionalidad española.

- **Evangélicos:** con 4.763 lugares de culto registrados en 2025, son la confesión minoritaria más arraigada. Cataluña lidera con 1.010, seguida de Madrid (855) y Andalucía (744). Su crecimiento está impulsado en gran medida por la inmigración latinoamericana.
- **Testigos de Jehová:** cuentan con 122.061 predicadores activos y 1.397 congregaciones en España. Su presencia es visible y estable.
- **Cristianos ortodoxos:** se estima que son la tercera minoría religiosa en España por número de seguidores, después del islam y los evangélicos. Su crecimiento está vinculado a la inmigración de Europa del Este, especialmente de Rumanía, Bulgaria y Ucrania.
- **Budistas:** se estima que hay entre 40.000 y 90.000 budistas comprometidos, y hasta 300.000 si se contabilizan los simpatizantes. El budismo es actualmente la cuarta minoría religiosa en España.
- **Judíos:** la comunidad judía en España, aunque pequeña, tiene una presencia histórica y está organizada en la Federación de Comunidades Judías de España (FCJE).
- **Hindúes:** la comunidad hindú en España está vinculada principalmente a la inmigración procedente de la India. En 2025, residían en España 73.951 personas de nacionalidad india, aunque no todos ellos son necesariamente hindúes practicantes.

El mapa religioso de España se está reconfigurando a gran velocidad. El declive del catolicismo no es homogéneo. Mientras las cifras de practicantes católicos caen, otras confesiones (evangélicos, musulmanes y testigos de Jehová) crecen o se mantienen. Y, al mismo tiempo, el grupo de quienes no se identifican con ninguna religión se ha convertido en el más numeroso.

Este ensayo explora ese mapa valorando qué está ocurriendo realmente y qué significa para el futuro de la sociedad española.

2. Del Nacionalcatolicismo a la Transición.

La relación entre la Iglesia católica y el poder político en España ha sido una alianza estratégica durante décadas. El Nacionalcatolicismo (la fusión de la identidad nacional con la fe católica) fue la ideología que

legitimó el franquismo. La Iglesia no solo bendijo el régimen, sino que fue parte activa de su estructura. El control de la educación, la censura moral y la influencia en las instituciones del Estado convirtieron a la Iglesia en un pilar del régimen.

Durante los años de la dictadura, la Iglesia católica fue el único contrapeso institucional al poder político con cierta capacidad de negociación. Pero, al menos en teoría, esa posición de privilegio se desvaneció con la Transición. La Constitución de 1978 estableció un Estado aconfesional, pero con una relación especial con la Iglesia católica que aún perdura en forma de acuerdos fiscales, presencia en la educación y financiación pública.

La paradoja de la Transición es que la Iglesia perdió poder político, pero mantuvo una influencia social considerable durante décadas. Su papel en la educación, presencia en los medios de comunicación y capacidad de movilización social la convirtieron en un actor político relevante incluso en una democracia laica.

Hoy, esa influencia se ha erosionado. La Iglesia ya no es el árbitro moral de la sociedad española, pero su relación con el poder político no ha desaparecido, solo se ha transformado. Los acuerdos con el Estado, la financiación pública y la influencia en la educación siguen siendo temas de debate recurrente. La Iglesia ya no gobierna, pero aún negocia.

3. La captación de masas. Tradición, familia y comunidad.

La pertenencia religiosa no es un fenómeno espontáneo. Se aprende, transmite e impone. Y el principal agente de transmisión ha sido históricamente la familia. Lo que está ocurriendo en España es que ese mecanismo se ha debilitado porque los hijos ya no heredan automáticamente la fe de los padres.

Cuando la transmisión familiar se debilita, otros mecanismos de captación ganan fuerza. La familia, sin embargo, sigue siendo el primer ámbito de socialización religiosa. Y donde la familia falla, la comunidad ocupa su lugar. Los movimientos religiosos que crecen son aquellos que

han sabido ofrecer una comunidad de pertenencia más intensa que la que brinda la sociedad secular.

Los seres humanos somos animales sociales. Necesitamos sentir que formamos parte de algo más grande que nosotros mismos y cualquier religión ofrece una respuesta a esa necesidad. No es solo una cuestión de creencias, sino de identidad, vínculo y protección frente a la incertidumbre.

El problema no es que existan mecanismos de captación, sino que esos mecanismos se conviertan en instrumentos de control. La necesidad de pertenencia es legítima, pero la manipulación de esa necesidad no. La captación se vuelve perversa cuando la comunidad se convierte en una jaula dorada, cuando la pertenencia se ofrece a cambio de lealtad incondicional y la disidencia se paga con la exclusión.

4. El Opus Dei. Poder en la sombra.

Mientras el catolicismo de masas declina, algunas élites católicas mantienen su influencia. El Opus Dei es el ejemplo. Fundado en 1928 por Josemaría Escrivá de Balaguer, su influencia política durante el franquismo y la Transición fue decisiva. Hoy sus miembros en España se estiman en unos 40.000 y en todo el mundo superan los 93.000.

El Opus Dei no es una orden religiosa al uso. Es una prelatura personal, una estructura jurídica que le permite operar con una autonomía que las órdenes tradicionales no tienen. Sus miembros (laicos y sacerdotes) están integrados en la vida ordinaria, pero sometidos a una disciplina espiritual y organizativa que les permite ejercer una influencia silenciosa en ámbitos clave como la política, la economía, la educación y la comunicación.

Lo que hace relevante al Opus Dei en el contexto actual no es su número, sino su capacidad de influencia. En una sociedad donde el catolicismo de masas ha perdido su poder, el Opus Dei ha sabido mantener su presencia en las élites. Es un ejemplo de cómo la religión puede sobrevivir a la secularización cuando se adapta a las estructuras de poder. No necesita masas, necesita personas influyentes.

5. Los Kikos: el renacer carismático del catolicismo popular.

Frente a la élite del Opus Dei, los Kikos representan otra cara del catolicismo que pervive: el catolicismo popular, carismático y comunitario. El Camino Neocatecumenal, fundado en 1964 por Kiko Argüello en las chabolas de Palomeras Altas (Madrid), nació como un movimiento de evangelización entre los más pobres. Hoy cuenta con unos 300.000 miembros en España y más de un millón en todo el mundo.

Los Kikos han conseguido lo que la Iglesia institucional ha perdido: una comunidad viva, una identidad fuerte y un sentido de pertenencia. Sus celebraciones, catequesis y forma de entender la fe como un camino compartido, han atraído a personas que buscan algo más que la misa dominical.

Su mecanismo de captación es comunitario y emocional. La pertenencia se vive como una experiencia transformadora, no como una herencia. Y esa experiencia genera un vínculo que es difícil de romper. Cuando la pertenencia se convierte en identidad, la comunidad se convierte en familia.

Lo que los Kikos revelan es que el catolicismo no desaparece, sino que se transforma. El catolicismo de masas, el que se heredaba por tradición, está en declive, pero el catolicismo de elección, el que se elige conscientemente y se vive en comunidad, sigue teniendo capacidad de atracción.

6. El auge silencioso de los evangélicos.

El caso de los evangélicos es quizás el más ilustrativo del cambio en el mapa religioso español. En 2004, Cataluña contaba con 341 iglesias evangélicas. En 2025, esa cifra era de 894. En toda España hay 4.763 lugares de culto evangélicos. Cataluña lidera con 1.010, seguida de Madrid (855) y Andalucía (744).

El crecimiento de los evangélicos, impulsado por la inmigración latina, ha traído consigo formas de religiosidad más vivas y comunitarias que

las que ofrece el catolicismo español, aunque no solo es eso. Cada vez más españoles, especialmente los jóvenes, se acercan a estas comunidades en busca de algo que la Iglesia católica ya no les ofrece: una comunidad viva, un mensaje claro y una identidad fuerte.

Su mecanismo de captación es orgánico. Como señala el antropólogo Antonio Montañés, "son iglesias cuya fuerza motora es la población migrante latina, espacios que proporcionan un tejido social importante durante todo el proceso migratorio". La iglesia evangélica no solo ofrece fe, también una red de apoyo, una comunidad de pares y un espacio donde el recién llegado es acogido y ayudado. La captación no es agresiva, es natural. Quien encuentra en la iglesia un lugar de pertenencia, se queda.

Los evangélicos han sabido ofrecer lo que los católicos han perdido. No han heredado la desconfianza hacia la Iglesia institucional. No están lastrados por la historia de alianzas con el poder político. Y su forma de entender la fe, basada en la comunidad, la participación y el testimonio personal, conecta con las necesidades de personas que buscan algo más que la práctica rutinaria.

7. El Islam, la religión que llegó con la inmigración.

La población musulmana en España se sitúa entre 2,4 y 2,5 millones de personas, alrededor del 5% de la población total. Hay más de 1.700 mezquitas. Y el Islam ya no es una religión "extranjera", porque hay 1,15 millones de musulmanes de nacionalidad española.

El Islam ha crecido al ritmo de la inmigración, pero también ha echado raíces. Las segundas y terceras generaciones de musulmanes nacidos en España ya no son inmigrantes, son españoles. Y su presencia está transformando el paisaje religioso del país.

Su mecanismo de captación es familiar y comunitario. Para muchas familias musulmanas la religión no es una opción, es parte de la herencia cultural. La fe se transmite en el hogar, en la comunidad y en el barrio. La captación no es necesaria porque la pertenencia se da por descontada.

La paradoja del Islam en España es que, pese a su crecimiento, sigue siendo percibido como una religión "extranjera" e incluso como una amenaza. El discurso público sobre el Islam está marcado por la desconfianza, el prejuicio y, en ocasiones, la islamofobia. Y sin embargo, los musulmanes españoles son ya una realidad consolidada que no va a desaparecer.

8. Los sustitutos seculares de la religión.

El crecimiento de los no creyentes, que ya superan el 41% de la población y alcanzan el 58% entre los jóvenes, plantea una pregunta inevitable: ¿qué está sustituyendo el lugar que la religión ocupaba en el imaginario colectivo?

La religión ofrecía, al menos en teoría, un sistema de sentido completo: una explicación del origen y el destino, un código moral, una comunidad de pertenencia y un ritual que daba ritmo a la vida. La sociedad secular no ha reemplazado ese paquete por otro equivalente, sino que lo ha descompuesto en piezas que ahora se buscan por separado.

La ciencia y la tecnología ocupan el lugar de la explicación del mundo. Donde antes se respondía "Dios lo hizo", ahora se responde "la ciencia lo explica". Pero la ciencia no da respuestas a las preguntas sobre el sentido de la vida o la muerte y por eso su papel como sustituto es limitado.

La política y el activismo han ocupado en parte el espacio de la moral y la comunidad. El activismo climático, el feminismo, el nacionalismo o el ecologismo funcionan para muchos como equivalentes seculares de la militancia religiosa. Ofrecen un marco de valores, una comunidad de pertenencia y un sentido de misión.

El consumo y el bienestar han ocupado el lugar del ritual y la promesa de salvación. El gimnasio como templo, la dieta como disciplina, el viaje como peregrinación, la marca como identidad. El capitalismo ha sabido ofrecer una versión secular de la salvación, el consumo.

La psicología y el desarrollo personal ofrecen un sustituto de la confesión y la guía espiritual. El terapeuta ocupa el lugar del confesor, el libro de autoayuda el del texto sagrado y la búsqueda de la "mejor versión de uno mismo" la de la santidad.

Pero quizás el sustituto más extendido sea la familia y el círculo afectivo. Cuando se pregunta a los jóvenes españoles qué es lo más importante en su vida, la familia encabeza todas las listas con porcentajes abrumadores. La familia se ha convertido en el nuevo "refugio" que antes ofrecía la religión, el lugar donde se encuentra sentido, protección y pertenencia.

Lo que todos estos sustitutos tienen en común es que son fragmentarios y elegibles. La religión ofrecía un paquete completo y obligatorio. La secularización ofrece un menú a la carta. Y esa fragmentación, aunque liberadora, también genera una nueva forma de vulnerabilidad, la de tener que construir el sentido de la propia vida sin un marco preestablecido.

9. Religión y poder político. La pregunta por el futuro.

Cuando el número de practicantes sea aún menor, la cuestión no será si la Iglesia desaparecerá, sino si su influencia se reducirá al ámbito privado o si seguirá ejerciendo poder en el espacio público. La historia demuestra que las religiones no necesitan masas para influir, necesitan élites. El Opus Dei es el ejemplo.

El verdadero conflicto no es entre creyentes y no creyentes, es entre quienes utilizan la religión como instrumento de control y quienes la viven como una búsqueda personal y comunitaria. Mientras la religión se utilice para manipular, dividir o imponer una visión única del mundo, será objeto de crítica legítima.

La pregunta que queda abierta no es si la religión sobrevivirá, sino qué tipo de religión será la que sobreviva. ¿La que ofrece comunidad y sentido o la que instrumentaliza la fe para mantener el poder? ¿La que acoge o la que excluye? ¿La que respeta la libertad o la que exige sumisión?

10. El nuevo mapa religioso de España.

No estamos ante una desaparición de la religión, sino ante una reconfiguración profunda. El catolicismo ya no es la religión de todos, sino una opción entre otras. Los evangélicos y los musulmanes son ya parte del paisaje religioso español. Y los no creyentes son el grupo mayoritario. El futuro de la religión en España probablemente será más plural, fragmentado y diverso de lo que hemos conocido.

La España del siglo XXI será un país donde la religión ya no ocupará el centro de la vida social, pero tampoco desaparecerá. Un país donde la fe será una elección, no una herencia. Un país donde la necesidad de pertenencia y protección seguirá existiendo y donde las religiones que sepan responder a esa necesidad sin manipular tendrán un lugar, aunque más modesto que el que ocuparon en el pasado.